

# DESGRACIA Y AMOR.

## ARTICULO III.—LA HISTORIA.

¡Qué marcha tan lenta la del tiempo para quien tiene necesidad de esperar que transcurran las horas, hasta que llegue la señalada para satisfacer un deseo! ¡Qué desagradable inquietud la que padece el alma en esos largos instantes, que separan el momento de la esperanza del momento de la realidad! Ningun sacrificio parecería costoso para acelerarlos; pero cuando no hay para ello otro medio que aligerar el paso de las horas que los dividen, el hombre se agita en vano; en vano pretende apresurar su curso; mas sin embargo desea con vehemencia que se abrevie el plazo, y cada instante que pasa es para su alma impaciente una nueva satisfaccion. ¡Miserable! Cada uno de esos instantes, cuya rápida duracion te parece tan larga, y cuya pérdida te lisongea, es un paso que adelantas hacia tu sepulcro. ¡Te se hace tarde para pisar su losa....? Ah! demasiado pronto, por tu desgracia, desaparecerá ese momento deseado, y tras de él te asaltarán nuevas inquietudes y nuevas esperanzas, que desaparecerán tambien, como huiran para siempre los pasajeros goces que tanto anhelaste, y por cuya posesion sacrificaste tu reposo.

Tal era el estado del herrero desde que se separó de la bella desconocida; y no dejó mil veces de arrepentirse de su ligereza en dejarla marchar, sin obligarla antes á que al menos le revelase su nombre y la causa de sus temores y padecimientos. Por otra parte, la terrible duda de si le habria engañado dándole una palabra, que no hubiese de ser cumplida, y cuyo objeto fuera solo el librarse por el momento de su persecucion, le atormentaba demasiado; así que no pudo hallar un momento de descanso, y algunas horas antes de la señalada, ya caminaba con agitacion hácia el lugar de la entrevista.

La jóven, á quien dejamos en la senda en que fué sorprendida por el Cristiano, á quien creyó su enemigo, habia padecido en aquellos

instantes mil sensaciones diversas y encontradas. El miedo la hizo mirar ya como ciertos su deshonor, su orfandad y aun su muerte, al verse acometida por un hombre armado, en el silencio de la soledad, y sin mas defensa que sus lágrimas inocentes. Pero cuando al volver de su letargo escucha aquellas palabras consoladoras, pronunciadas con el eco de la compasion y del sentimiento, cuando, al oir que el hombre que se las dirige es tambien infeliz, levanta la vista y vé correr abundantes lágrimas por un rostro varonil, marcado con el sello del infortunio, le faltan fuerzas para resistir á la impresion que le ocasiona una escena, que presencia por la primera vez de su vida, y vacilante y dudosa y confusa, movida solo por un impulso momentáneo de su corazon, que no le es posible contener, «á la aurora», dice, y cubriéndose el rostro, vuelve precipitada hácia su aposento.

En el momento mismo ya se halla arrepentida de su imprudencia: quisiera retroceder para implorar de nuevo al Cristiano que no volviese á dejarse ver por aquellos sitios; pero un presentimiento interior la contiene, al paso que el temor, que no ha desaparecido aun, se lo impide; é involuntariamente acelera su marcha y se aleja de su perseguidor.

Convulsa y despavorida penetra en la cabaña; y queriendo evitar nuevas penas á su miserable compañero, procura ocultarle su turbacion. Pero este sorprende sus lágrimas, observa la palidez mortal de su semblante, y pretende averiguar la causa, que ella le encubre cautelosamente, haciéndole creer que proviene solo del dolor que le ocasiona el haber de abandonar aquel recinto, en que se consideraba defendida de la perversidad de los hombres que ocasionaron sus desgracias.

Sin embargo, pasados aquellos primeros instantes, una voz secreta le gritaba continuamente en el corazon «qué has hecho, infeliz....?»